

noche, para apaciguar ciertas tensiones entre diversos cantaores y su público, Romero de Torres subió al escenario y cantó una taranta. Le aplaudieron para que repitiera. Quien nos informa de esa escena (Juan Mendoza, en el periódico *La Tarde*, de Santa Cruz de Tenerife) agrega que Romero de Torres, tras la taranta cantó una copla cuyas palabras dicen de este modo: «Morenita mía (o Hermaniya mía) / qué güena gitana: / de un peasito de pan que tenía / la mitá me daba.» Ya os habéis dado cuenta: es la letra de una siguiriya. Ya os habéis dado cuenta: con los ecos puestos en pie por la taranta, un cantaor se arrodilló hasta la siguiriya. Ya os habéis dado cuenta: hay un instante en la historia cantaora de La Unión en el que una taranta se arrodilla para dar paso a un cante grande, hay un instante en el que una siguiriya se pone de pie de la mano de una taranta: hay un instante, en fin, en el que la siguiriya y la taranta se abrazan como dos mineros que acaban de salir vivos tras un derrumbamiento. Ocurrió aquí, en un café cantante de La Unión. Ocurrió en este pueblo. Ocurrió en este siglo y ocurrió para siempre. Esos dos mineros, la siguiriya y la taranta, llorando y abrazados como sobrevivientes, piden ser recordados por vosotros, vecinos de La Unión, con orgullo; y por nosotros, vuestros huéspedes, con respeto. Y todos, vosotros y nosotros, hemos de ver en esa escena lo que, aún más que claro, es luminoso en ella: que los cantes mineros se abrazan de tú a tú con cualquier cante y que las lágrimas y las protestas que brotan de los cantes mineros son del mejor metal flamenco.

Mi tiempo como pregonero está llegando ya a su límite. Ahora me gustaría cantar una taranta o una siguiriya —son rugidos complementarios—, pero no sé cantar. De repente me siento como huérfano y pobre. Pobre, porque no sé cantar. Huérfano, porque he notado cómo los miembros de la parte secreta del tribunal de los cantes mineros se han ido retirando. Rojo el Alpargatero ha regresado a su mina de eternidad. Los mineros que no murieron en la mina se murieron de viejos. Los habitantes de La Unión del siglo XIX se han ido alejando en silencio. Los treinta mil hombres que en el año 1919 se quedaron sin trabajo y sin destino, no sólo ya no están, sino que nadie sabe en dónde concluyeron su vida ni bajo qué tierra descansan. Durante media hora nos han acompañado, pero todos se han ido, han regresado hasta el sepia de sus retratos o el ocre tierra de su olvido. En silencio vinieron, en silencio se han ido. He sido examinado de mi amor al cante de las minas y el tribunal se ha retirado sin decirme si he sido absuelto. Me han juzgado en silencio y luego me han dejado completamente solo delante de vosotros. Y a vosotros os han dejado solos frente a mí. Con todas esas soledades juntas ¿qué podemos hacer? Tal vez podemos hacer algo: tal vez debamos recordar que con la soledad reunida de todos los mineros se fueron levantando los cantes de las minas, se fueron levantando con la solemnidad que hay en la soledad, en la pena, en el coraje y en la resurrección. Tal vez debamos recordar que desde el sonido del trabajo, desde el sonido del dolor, desde el sonido de las catástrofes y desde el sonido de unas cuantas gargantas hace tiempo apagadas, se juntaron, para siempre, algunas de las músicas más hermosas del mundo.

## Una moneda de oro

Uno de sus biógrafos nos informa del precio del entierro de Antonio Grau Mora: diez duros. Duros de los de entonces, pero tan sólo diez. Había vivido sesenta años antes de morir. Había venido a vivir en La Unión hacia 1890, con treinta y seis o treinta y siete años. Durante su vida de maestro en la interpretación de los cantes mineros, durante su vida de genial cantaor (el adjetivo «genial» no lo proponen las grabaciones, que son inexistentes: lo proponen la fama, la tradición oral, la veneración de sus discípulos: testigos que no suelen mentir), durante los muchos años en que cantó en La Unión, ¿cuántos cantes mineros inventó o reinventó, estableció o engrandeció Rojo el Alpargatero? No lo sabemos, no lo sabremos nunca, pero, frente a su fama, tenemos que conjeturar: más de diez. En el año 1907 su entierro sólo costó diez duros. No es necesario hacer la traducción del valor del dinero para deducir que aquella cantidad no era arrogante. Por lo demás, sabemos que Rojo el Alpargatero fue enterrado en una fosa de alquiler (la número 72) en el cementerio municipal de La Unión, y sabemos que bajó a la tierra (a la mina absoluta, a la mina apagada) dentro de una caja de pino. Es decir: no fue un entierro fastuoso. Me apresuro a agregar: esta página no es un reproche, sino una reivindicación. ¿Por qué habría yo de reprochar a nadie que Grau Mora muriera pobremente? En los años aquellos, la casi entera España moría pobremente, tras haber vivido en la pobreza, e incluso en la miseria. En la minera ciudad de La Unión, durante un tiempo hubo menos pobreza, no menos injusticia. No le reprocho a nadie la fosa de alquiler de Grau Mora, casi la reivindico: con su caja de pino y con su fosa de alquiler se diría que continuaba proclamando los cantes de las minas y solidarizándose con los mineros de La Unión. Hasta la neumonía de que murió Rojo el Alpargatero pareciera una rima que propone el destino: los mineros enfermaban de silicosis. No, no le reprocho nada a nadie. Sin embargo, el asunto produce alguna pena. ¿Cuánto les costaba a los ricos que estudiaran sus hijos? O mejor dicho: ¿cuánto les costaba a los pobres que estudiaran los hijos de los ricos? Mucho más de diez duros. Rojo el Alpargatero fue, no diría la Universidad en donde se impartió la enseñanza del cante de las minas, pero sí, cuando menos, la Facultad de los cantes mineros. En esa Facultad aprendieron, entonces o más tarde, centenares de cantaores. Uno de ellos: don Antonio Chacón. Ni más, ni menos: don Antonio Chacón. Hacia 1896 Chacón visitó La Unión, invitado, al parecer, por Antonio Grau Mora. Todos los historiadores del flamenco coinciden en asegurar que Chacón agrandó las fronteras de las cartageneras, las mineras, las tarantas, los cantes llamados de Levante. Todos, también, le agradecen al Rojo una gran parte de la sabiduría levantina de Chacón. ¿Cuántas veces viajó Chacón hasta La Unión? No lo sabemos todavía, pero es coherente suponer que, en La Unión, don Antonio Chacón se reunía siempre con Rojo el Alpargatero, y se bebía sus cantes. Entre los dos, debie-

ron de cantar cantes mineros ante miles y miles de personas, y debieron de emocionarlos y de maravillarlos.

¿Cuánto cuesta la maravilla, a qué precio va la emoción? No me hagáis caso. En realidad, no sé muy bien lo que quiero decir. En todo caso, nada de reproches. Diez años antes de venir a La Unión, don Antonio Chacón fue contratado por Silverio, en Sevilla, para cantar a cuatro duros cada día. Es verdad que fue el sueldo más alto de un flamenco en aquellos años, pero también es cierto que el entierro del Rojo sólo costó diez duros. ¿Y alguien creerá que el autor de esta página ha pensado siquiera reprocharle nada a Chacón? A Chacón, admiración y gratitud. De reproche, ni sombra. No se trata de eso. Se trata de mostrar un poco de perplejidad, algo de pena: «¡Hombre, diez duros por el entierro de un artista de genio, de un catedrático que enseñó a tantos cantaores y que a veces era el inventor de aquello que enseñaba, diez duros por su silencio para toda la eternidad!». Pero esto dicho sin reproche alguno. Al contrario: es casi una celebración. La falta de arrogancia de su entierro quizá en el fondo fuese un acto de arrogancia. Sabemos que Grau Mora era un hombre de temperamento, un hombre orgulloso, un ser dueño de su arrogancia. Matizo: no era soberbio, era arrogante. Nos lo confirman hasta las coplas del siglo pasado. ¿No podríamos, entonces, conjeturar que la falta de arrogancia de su entierro no fue tan sólo la huella dactilar de la mala fortuna, sino también una cierta coherencia, una cierta armonía, e incluso la última señal del orgullo del Rojo? Bajar hasta su mina pobremente para toda la eternidad, ¿no nos recuerda a la pobreza con que bajaban a las minas los trabajadores, los mineros que con su silicosis le pusieron el calcio al esqueleto de los cantes que hicieron legendario al Rojo y que él hiciera legendarios? ¿No habrá en esos diez duros un saludo de solidaridad para todos los mineros del siglo XIX, aquellos que en ocasiones cobraban su sueldo en vales para comprar en los comercios de sus explotadores? ¿No habrá en esos diez duros un saludo a los mineros que salían de la mina mutilados o muertos y casi siempre solemnemente pobres? («Pobres de solemnidad» dice el lenguaje popular, con estremecedora precisión expresiva). ¿No habrá en esos diez duros una especie de camaradería con los mineros muertos o mutilados, una especie de invitación? Es como si al morir, al avanzar bajo la tierra, Antonio Grau Mora, Rojo el Alpargatero, les dijese a aquellos sus compadres: «Ea, aquí tengo diez duros, vamos a convidarnos». Desde el día 21 de abril del año 1907, desde hace ochenta y cuatro años, debajo de la tierra, en la mina comunitaria y misteriosa, Rojo el Alpargatero y los suyos se convidan, y brindan a la salud de los vivos y de los muertos, con aquellos diez duros modestos y al mismo tiempo interminables. ¿Será por eso por lo que ahora, cuando un artista canta como es debido un cante de las minas, en el exacto centro de la pena vemos una moneda de oro?

**Félix Grande**



Rimbaud  
par Picasso.

Picasso  
13.12.60.